

mueve la Matemática actual: la intuicionista y la axiomática o formalista.

Para los intuicionistas, los entes matemáticos son considerados como objetos sustanciales en un reino de "pura intuición", independientes de las definiciones y de los actos individuales de la mente humana. Para los intuicionistas, los hechos matemáticos son aserciones objetivamente verdaderas, que describen realidades existentes. Desde este punto de vista que puede calificarse de kantiano, no hay problemas de compatibilidades ni puede haber contradicciones en las proposiciones matemáticas.

Muy diferente es el punto de vista de los formalistas. Estos no atribuyen una realidad intuitiva a los objetivos matemáticos, ni proclaman que los axiomas expresen verdades obvias concernientes a las realidades de la intuición pura. En términos generales, el punto de vista formalista o axiomático —que se remonta, por lo menos, a Euclides— puede describirse como sigue: probar un teorema en un sistema deductivo consiste en hacer ver que el teorema es una consecuencia lógica y necesaria de ciertas proposiciones previamente establecidas que, a su vez, deben ser probadas, y así sucesivamente. El proceso de demostración matemática sería, por tanto, una tarea imposible de regresión infinita, salvo que, en esta marcha hacia atrás, esté permitido detenerse en algún punto. Por tanto, debe haber un número de proposiciones, llamadas postulados o axiomas, que se aceptan como verdaderas y para las que no se requiere demostración. De estos postulados y axiomas —no demasiado numerosos, compatibles, independientes y suficientes— podemos deducir todos los teoremas por medios puramente lógicos.

Para un matemático intuicionista, los entes matemáticos —números, puntos, etcétera— son cosas sustanciales en sí. Para un matemático formalista no tiene sentido la consideración de los entes matemáticos en sí, sino su determinación como estructura y relación.

Para Imre Lakatos y sus colaboradores, que se mueven en el ámbito de la epistemología pospositivista, el formalismo "tiene" a identificar las matemáticas con su abstracción axiomática

formal". Y desde esta perspectiva, las matemáticas no tendrían propiamente historia, sino que serían "un conjunto siempre creciente de verdades eternas e inmutables, en el que no pueden entrar los contraejemplos, las refutaciones o la crítica". Lakatos, en el libro que comentamos —por otra parte, incompleto, pues falleció antes de terminarlo y que sus colaboradores han publicado con anotaciones— propone un nuevo enfoque heurístico no deductivista, en que pretende mostrar —mediante un diálogo escenificado entre un profesor y sus alumnos en un aula imaginaria— que el auténtico progreso de las matemáticas no se produce mediante un monótono aumento del número de teoremas indudablemente establecidos, sino a través de la incesante mejora de las conjeturas, gracias a la especulación y la crítica según la lógica de pruebas y refutaciones. Este enfoque heurístico —que sirve para averiguar y ayudar a mostrar cómo deben buscarse las propiedades de los objetos y sus relaciones entre sí— es una propuesta sugestiva, y discutible también, que hace del libro de Lakatos una aventura intelectual llena de posibilidades y riesgos. ■ PEDRO FERNAUD.

## En el país de los espías

*"En cuanto al resultado final, nada... El rey ha muerto, viva el rey".*

(John le Carré. "El honorable colegial").

David John Moore Cornwell, alias John le Carré, cuarenta y siete años, sabio alquimista de la novela de espías, sacó a la luz, hace casi un año, su última obra: "El honorable colegial" ("The honourable schoolboy"), editada recientemente en España (1).

Los primeros pasos de Cornwell en el mundo de las letras tuvieron un aire semiclandestino. El escritor, que confiesa su alergia a vivir de y en las instituciones, estudió lenguas modernas en Oxford, y después ingresó en el Cuerpo Diplomático. Fue segundo secretario de la Embajada británica en Bonn y cónsul en Hamburgo. Empezó a escribir por evadirse de un trabajo que

no le gustaba, y como el Foreign Office prohíbe a sus miembros publicar libros con sus propios nombres, Cornwell se buscó un seudónimo: Le Carré.

Sus dos primeras novelas: "Llamada para el muerto" y "Asesinato de calidad", pasaron casi inadvertidas, pero la fama y el dinero le cayeron encima con su tercera novela: "The spy who came in from the cold" (1963), titulada en la edición española "El espías no vuelve". Los tres millones y medio de ejemplares de esta obra, repartidos por todo el mundo, permitieron a Cornwell decir adiós a la diplomacia, pero ya no recuperó su auténtico nombre para seguir escribiendo.

Tras otras dos novelas ("El espejo de los espías" y "Una pequeña ciudad en Alemania"), Le Carré intenta escribir una obra "seria", y lo que le sale se titula "El amante ingenuo y sentimental". Un relato rechazado por la crítica y los lectores. La publica-



John le Carré.

ción de "El amante..." coincide además con su divorcio. Se vuelve a casar, tiene un hijo, y marcha con su nueva familia a vivir a una casa junto al mar en Cornwall, una de las zonas más desoladas de Inglaterra.

En 1974 aparece "El topo" ("Tinker, tailor, soldier, spy"), la historia del desenmascaramiento de un doble agente que opera en la cúspide del poder secreto.

El recuerdo de Kim Philby, que le sirvió de fuente argumental, escocía aún la memoria de los británicos.

Ahora, el carrusel de los personajes creados por Le Carré —que prepara otra novela ambientada en Oriente Medio— vuelve a girar con "El honorable colegial". El aliento agónico de los héroes y anti-héroes lecarrianos impregna de tal modo las páginas y situaciones creadas por el autor que es difícil olvidar que estamos ante una monumental obra de ficción de la mejor escuela; sin luces ni sombras netas, sin "buenos" ni "malos" taxativos. El claroscuro, la sensación de inutilidad última de la muerte, el escepticismo —que, pese a todo, impulsa a la acción— y la verdad escamoteada, puesta en duda, que obliga a recomenzar siempre, constituyen el poso personal en el que se entremezclan las razones de Estado de las superpotencias. Razones remotas y casi inaprehensibles, sólo al alcance de unos pocos: la élite burocrática ostentadora del poder, que juega sus bazas políticas fuera del alcance de cualquier control, guiándose por sus propios egoísmos y conveniencias.

Estas notas, características de la obra de Le Carré, son la clave emocional para adentrarse en el laberinto del novelista. Un novelista que no necesita de las consabidas muletillas sobre la "mayoría de edad" de su género, puesto que la calidad literaria es independiente de cualquier género.

En "El honorable colegial", Le Carré cambia totalmente el escenario de la acción de sus anteriores novelas. La "guerra fría" de Europa se prolonga al Lejano Oriente, donde se ha transformado en "guerra" a secas. El campo de batalla de los supergrandes se ha ampliado ya a todo el mundo, aunque los estrategas sigan dirigiendo las operaciones desde Washington, Londres o Moscú. En este contexto, las novelas de Le Carré llevan el signo de la decadencia británica. Londres ha dejado de ser centro de poder mundial. Gran Bretaña es un gato entre dos tigres: La URSS y EE. UU. De su imperial grandeza sólo quedan ruinas, y su servicio secreto, sutil e inteligente por excelencia, se ve obligado a servir de comparsa a los "primos" norteamericanos.

(1) "El honorable colegial", John le Carré. Editorial Noguer, Barcelona, 1978.



En las casi 650 páginas que envuelven la trama ágil y zizagueante de esta novela, continuación de "El topo", el autor nos presenta su visión de los meses preliminares a la liquidación de la guerra indochina. La ambientación de esta última batalla por el dominio de Asia queda como uno de los mejores logros de "El honorable colegial". Naturalmente, Le Carré no escribió de oídas, y necesitó varios viajes y multitud de entrevistas para captar la atmósfera que describe.

Sin embargo, en "El honorable colegial", el escritor británico ha aportado poco con respecto a lo escrito en sus obras anteriores, y no ha conseguido batir su propia marca de "El topo".

La perfección del montaje formal y el engranaje de la acción se disocian al final de la historia, para llegar a un desenlace un tanto incoherente y apresurado. El alumbramiento no responde a la calidad de la gestación. Da la sensación de que Le Carré agotó sus magníficos recursos antes de tiempo, y prefirió dejar la novela sin rematar a repetirse demasiado. Si es así, ha hecho bien. No añade gran cosa, pero al menos nada quita; y como Smiley —el supercerebro rechoncho, tímido y miope, de su universo de espías— tendrá que intentar otra vez rizar el rizo. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

## Más sobre la alienación

He aquí un nuevo libro sobre la alienación. Lo componen varios trabajos extraídos de distintas revistas de sociología y en todos los cuales aflora idéntica preocupación. Hasta el punto de que uno tiene a veces la impresión del "déjà lu". Lo que ocurre, sin embargo, es que unos trabajos complementan o remiten a otros, y este hecho explica lo que puede parecer a veces reiteraciones. El libro es, en cualquier caso, una interesante discusión de dos conceptos tan ricos y complejos, pero también tan ambiguos como son el marxiano de "alienación" y el durkheimiano de "anomia". Y la preocupación fundamental a que nos referíamos antes —efe de los trabajos— no es otra que la de demostrar el carácter igualmente ideológico de la llamada socio-

logía "libre de valores", en la que estos últimos, lejos de desaparecer, se transforman, como señala perfectamente John Horton, en una dirección conservadora (1).

Sea como fuere, el problema de la ambigüedad del concepto marxiano de "alienación" está lejos de haber sido resuelto. La "alienación" supone una pérdida respecto de algo que se considera ideal y que podría ser una supuesta esencia humana. O im-

(1) Para acabar con la alienación. Trabajos de Daniel Vidal, Dominique Maison, John Horton, Menachem Rosner, Vittorio Rieser, José C. Castillo y Carlos Marx, presentados por Juan José Castillo. Taller de Sociología. Madrid, 1978.

plica la creencia en ciertos valores, positivos, como, por ejemplo, la libertad, la creatividad, la capacidad de decisión sobre los medios y los fines del propio trabajo, etc. Tal es la dimensión utópica radical de Marx, que aparece en primer plano en su temprana producción filosófica y cuyos ecos se prolongan a lo largo de toda la obra, económica, de la madurez.

Pero la alienación, y ésta es una nueva raíz de complejidades, puede ser tanto una situación objetiva —dependiente de la estructura misma de las relaciones de producción— cuanto una experiencia subjetiva: el modo en que la conciencia advierte o

deja de advertir esa situación objetiva.

Fiel a su conservadurismo social, el autor de *Las reglas del método sociológico* (2) no veía la sociedad como mera prolongación de los sujetos individuales, sino como una realidad autónoma y superior a éstos. De ahí que, para Durkheim, el problema sea inverso a como se le presenta a Marx: la pérdida no corresponde a la persona, sino a la sociedad, que no ejerce ya el viejo control moral sobre los individuos. El egoísmo, la búsqueda del éxito individual conducen inevitablemente a la anomia.

(2) Acaba de editarse en Akal, en traducción de Antonio Ferrer y Robert.



## "Morir por Andalucía"

A los que, por circunstancias personales de residencia habitual o profesionales de motivación informativa, nos tocó vivir de cerca los sucesos de la primera semana de diciembre del año pasado, en Málaga, será difícil que se nos desvanezca en la memoria el recuerdo de unas jornadas dantescas que sirvieron, una vez más, para que el rito de la violencia y la provocación concluyese con la sangre, literalmente derramada, de un nuevo inocente.

Y muchos, muchos puntos oscuros, que permanecen sin aclarar satisfactoriamente y que se refieren a las circunstancias preliminares de lo que sin exageración puede calificarse como de verdadera tragedia ciudadana hasta los extremos que más de cerca se relacionan con la muerte de Manuel García Caparrós.

Son precisamente todos estos aspectos, además de una minuciosa descripción de los hechos, los que aborda "Morir por Andalucía" (1), obra conjunta de cinco personas —J. de Dios Mellado, Rafael Rodríguez, J. A. Barber, R. Sa-

las y V. Almenara—, que constituyen el colectivo Equipo 4 de Diciembre.

Más de doscientas páginas, entre las que se incluyen algunos documentos gráficos de indudable valor, sirven para que los autores nos sitúen en el escenario de los acontecimientos y en el posterior desarrollo de los mismos, y todo con un estilo rigurosamente periodístico, en el que las concesiones a lo subjetivo son mínimas. Especial valor tiene la transcripción literal —parcialmente publicada en algún semanario de información general— de las conversaciones mediante radio de las unidades de Orden Público.

Una antología de los textos aparecidos en la prensa nacional y extranjera sobre los sucesos, y un resumen de los debates parlamentarios que tuvieron lugar con posterioridad y de los que salió aprobada la decisión de nombrar una comisión investigadora completan la información de primera mano, que deja, no obstante, en el aire una pregunta esencial que los malagueños no han cesado de formularse en los meses transcurridos: ¿Quién mató, realmente, a José Manuel García Caparrós? ■ FRANCISCO LOPEZ BARRIOS.

(1) *Morir por Andalucía*. Equipo 4 de Diciembre. Edit. ATE. Barcelona, 1978.